

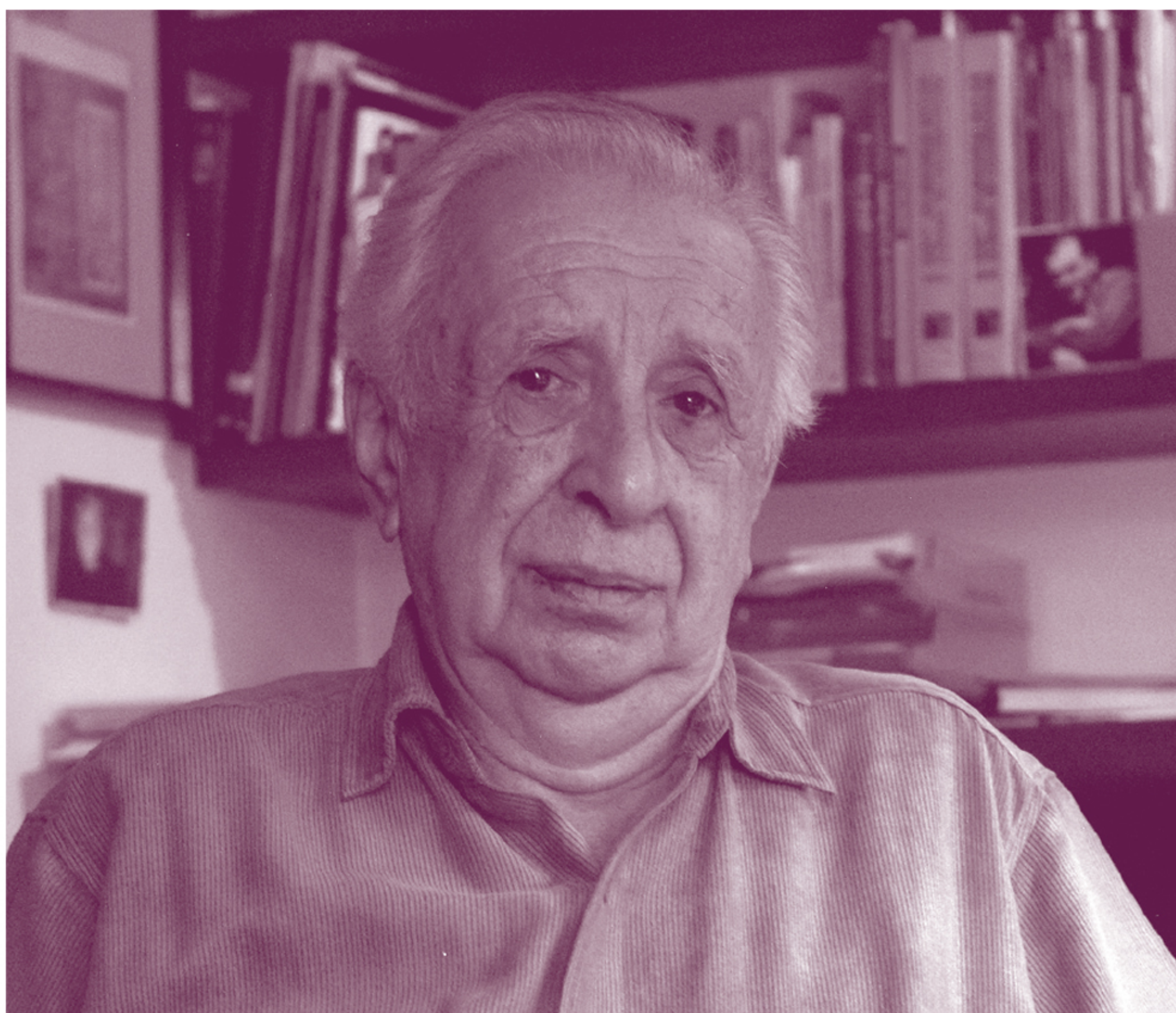
colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Periodismo de emergencia

Vicente Leñero

PRÓLOGO DE ARMANDO PONCE





Francisco Segura / Conaculta

Vicente Leñero (Guadalajara, 1933) estudió periodismo en la Escuela Carlos Septién García. Fue becario del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en 1956 y, a finales de la década siguiente, del Centro Mexicano de Escritores y la Fundación Guggenheim. De sus obras destacan *Los albañiles* (1963), *Estudio Q* (1965), *El garabato* (1967), *Redil de ovejas* (1972), *El Evangelio de Lucas Gavilán* (1979), *Asesinato* (1985) y *La vida que se va* (1999). Dramaturgo, periodista, escritor y guionista de cine y televisión. Su carrera periodística comenzó en la revista *Señal*, y fue director de la revista *Claudia* de 1969 a 1972, de *Revista de Revistas* de 1973 a 1976, y subdirector fundador del semanario *Proceso*.

En 1958 obtuvo el Premio Universitario de Cuento con el texto “La polvareda”, que formaría parte de su libro de cuentos *La voz adolorida*. Por la novela *Los albañiles* (1963) recibió el Premio Biblioteca Breve Seix-Barral; le otorgaron el Premio Xavier Villaurrutia por *La inocencia de este mundo* y el Premio Nacional de Letras en 2002 por su trayectoria literaria. En *Los periodistas*, una de sus grandes obras, se conjuga la investigación exhaustiva, el relato y la reconstrucción testimonial. En 1997 recibió el Homenaje Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez, que otorga la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Prólogo

De 1972 a 1976 Vicente Leñero tuvo en sus manos las riendas de la revista más antigua de México, *Revista de Revistas* del diario *Excélsior* (todavía hoy en el edificio histórico de Bucareli 18 permanece el nombre de la publicación en letras de bronce, aunque ésta ya no existe), y la convirtió en la más ágil e imaginativa de su género.

Recién llegado, en 1968, a la dirección de ese periódico conservador (“El periódico de la vida nacional”), el más influyente de México, Julio Scherer García quiso darle un giro de 180 grados.

Para ello, además de al narrador, cronista y dramaturgo, invitó a una pléyade de escritores e intelectuales a colaborar regularmente en sus páginas y, pocos años después, abrió al poeta Octavio Paz (estigmatizado por el gobierno priísta tras su renuncia como embajador de México en la India en repudio a la matanza de Tlatelolco en 1968) la revista literaria que éste concebía, *Plural*.

Ambas publicaciones se ubicaron una junto a la otra en el edificio de Reforma 12. En el piso de abajo, pero en el 18, el periodista Eduardo Deschamps (en ese mismo proyecto de cambio) conducía la primera sección cultural diaria de un periódico nacional, “Olimpo de México”, fundada con motivo de la primera edición de una olimpiada cultural, paralela a los Juegos Olímpicos de 1968.

El “Olimpo” era en realidad menos que una página (un tercio lo ocupaba la programación televisiva), pero pronto se volvió la referencia informativa obligada para el medio cultural

del país, con el plus de la crítica en columnas de destacados especialistas: Raquel Tibol (artes plásticas), Francisco Zendejas (libros), Luis Fernández de Castro y Raúl Cosío Villegas (música), y Luis Bruno Ruiz (danza).

Como ayudante comencé ahí mi camino de reportero. Había tomado en 1966 el curso que Scherer instauró durante un año para los hijos de los trabajadores de la cooperativa y que impartieron reporteros, jefes de sección y editorialistas del diario, pues mi padre, Fausto el Brujo Ponce, trabajaba en él desde 1947 como “cronista deportivo”. Así, en el pequeño cubículo del “Olimpo”, vi a Leñero por vez primera en animada plática con Deschamps. Hablaban de *Las cartas de Mozart* del dramaturgo Emilio Carballido.

Vicente Leñero había saltado a la palestra literaria con una segunda novela, *Los albañiles* (que obtuvo en 1963 el primer galardón internacional para un narrador mexicano, el Premio Biblioteca Breve de la editorial catalana Seix Barral, promovido por el poeta Carlos Barral). Ésa fue mi incursión inicial en su obra, y en 1968 asistí, igualmente sorprendido, al montaje de *Pueblo rechazado* en el teatro Xola. También leía sus artículos de opinión en la sección del diario, pronto considerado el más importante en lengua española.

R DE R

Seguía semana a semana “erredeerre” (como comúnmente se le decía), donde algunos compañeros de mi generación comenzaban su carrera, entre ellos Manuel Robles y Gonzalo Álvarez del Villar, aspirantes, como yo, a convertirse en reporteros de planta del diario. Por su versatilidad, amenidad y frescura, sus materiales circulaban entre las primeras generaciones de comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM; eran fuente viva de enseñanza, un verdadero manual de periodismo, algo que los estudiantes, dirigidos más hacia la teoría, no aprendían en las aulas.

Comentaba con mis compañeros también los reportajes, entrevistas y crónicas de Leñero. Ellos me hablaban del rigor que el director les aplicaba para su formación, tanto en el aspecto informativo como en el del lenguaje.

—Me despedaza los textos —confesaba Manolo Robles—. Me dijo que si volvía a ver uno igual, que me fuera dedicando a otra cosa.

Hoy, todos quienes se formaron con él coinciden en la importancia de ese rigor (Leñero había redactado durante sus estudios en la Carlos Septién García un *Manual de periodismo* por correspondencia que años después publicaría).

En el semanario a color se desplegaban con lujo entrevistas a figuras de primera línea en el nivel nacional e internacional (la actriz estadounidense Jane Fonda, el torero español el Cordobés), crónicas sabrosas y testimonios inéditos (el encierro del escritor José Agustín en Lecumberri), reportajes originalísimos (“Cadetes, cómo piensan los jóvenes de la Naval”, “Sirvientas, ¿víctimas o victimarias?”, “Caballeros de Colón: sus miembros se autodefinen”) o el fracaso deportivo mexicano en la Olimpiada de Múnich tras las falsas promesas de los funcionarios, fotografías insólitas y de gran formato, cartones novedosos, colaboraciones de escritores destacados...

Leñero, junto con los chicos de la Onda (José Agustín, Gustavo Sainz), venía de hacer la revista *Claudia*, donde también aparecieron algunos trabajos suyos como su visita a la casa de María Félix.

Algo de ese espíritu que animó *R de R* alcanzó a enseñarnos Leñero en *Los periodistas* (1978), la novela *non fiction* sobre el llamado “Golpe a *Excelsior*” de 1976, que el gobierno de Luis Echeverría asestó contra la cooperativa conducida por Scherer y que desembocaría, en noviembre de ese mismo año, como una respuesta al régimen, en la fundación del semanario *Proceso*, así como un artículo publicado en sus páginas el 23 de octubre de 2011 a raíz del fallecimiento del periodista Miguel Ángel Granados Chapa. Escribió en la novela acerca de *R de R*: “De febrero a mayo de 1972 elaboramos el proyecto básico,

resolvimos problemas técnicos de toda índole y conjuntamos un equipo de trabajadores de planta y de colaboradores que siempre consideré formidable”.

Como rememoró también, *R de R* inició el 2 de junio:

Desde esa fecha, tal como me lo había prometido, Julio Scherer no se entrometió de manera autoritaria en el manejo de la publicación [...] Tal vez por eso los miembros de nuestro equipo sentíamos a *Revista de Revistas* como una entidad autónoma dentro de la empresa, un mundo aparte que nos mantenía alejados de los problemas de la cooperativa y al margen de la grilla política.

La historia completa de *R de R* no ha sido escrita, pero lo anterior apunta para entender por qué una buena parte de su equipo se asimiló con naturalidad a *Proceso*, que nació como revista semanal aunque quería ser diario. Leñero se encargaría de formarla y diseñarla, y de él dependerían las secciones de cultura, deportes y espectáculos, a las que otorgó la misma importancia (empezando por el número de páginas) que a las demás.

No sé si haya alguna colección completa de *Revista de Revistas* que pueda consultarse públicamente. Si este prólogo fuera un reportaje para *Proceso* sobre *R de R*, habría dicho: “Pero cómo, ¿no lo han investigado?” Al hojear algunos números (digamos, el del 20 de septiembre de 1972), duele el carácter efímero del periodismo y hay que lamentar que los jóvenes de hoy no puedan leer una publicación igual, porque su vigencia y su imaginación, su frescura y su apego a la realidad son absolutos. A mí me sacudía la sección “México, país de promesas. EXPEDIENTE”, que en dos páginas desplegaba un cuadro sinóptico, precedido de un epígrafe: “Los mexicanos denuncian injusticias y, casi siempre, sus representantes ofrecen soluciones. ¿Cuántas se cumplen? ¿Cuántas se olvidan?” Escojo uno de los cuatro casos que se mostraban en sendos apartados:

Fechas: 31 de julio.

Hechos: Miguel Castro Bustos y Mario Falcón toman la Rectoría con un grupo de normalistas que se niegan a presentar

exámenes de historia y lógica para ingresar a la Facultad de Derecho de la UNAM.

Consecuencias: el 30 de agosto, los normalistas, resuelto ya su problema, entregan la Rectoría. La UNAM declara que los invasores causaron destrozos y cometieron robos por “millones de pesos”. Castro Bustos y Falcón se refugian en el auditorio de Derecho, pues hay orden de aprehensión en su contra por lesiones y daño en propiedad ajena. El 5 de septiembre, el procurador Ojeda Paullada pide la detención de los provocadores por robo. El 11 se consigna a 10 estudiantes por robo.

Resultados: ?

Tiempo transcurrido: 51 días.

Por ahí de abril o mayo de 1976 el director del suplemento *Diorama de la Cultura* del diario *Excélsior*, Ignacio Solares, se hizo cargo del “Olimpo” tras la abrupta salida de Deschamps (también relatada en *Los periodistas*), imprimiéndole un enfoque más atemporal. Me sentí fuera de lugar, mis textos no encajaban. Pensé acercarme a *Plural* (por entonces estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM), pero cada día me había ido seduciendo más el periodismo cultural como información. Así que, alentado por mis compañeros eventuales y mi hermano mayor Francisco, Paco, Ponce (que también colaboraba con Leñero, si bien dirigía la sección deportiva de la edición matutina de *Últimas Noticias*), decidí acudir a *R de R*. Una mañana me armé de valor y llegué a Reforma 12 a ofrecer algo, no sabía bien qué, a Leñero.

Me recibió Hero Rodríguez Neumann, su jefe de redacción. Leñero jugaba dominó en la habitación contigua a la recepción, de donde salían las expresiones típicas del juego y los golpes del fichero. Ni un minuto tardó Hero en regresar del cuarto de dominó, para decirme a bocajarro: “Que te traigas una lista de 50 asuntos periodísticos”. Mudo, asentí. Esa noche me quedé dormido, avasallado por el intento.

Al día siguiente, entregué a Hero las fotografías de las pinturas *naïf* hechas por los campesinos del archipiélago nicaragüense de Solentiname. En una de sus islas, la mayor, Man-

carrón, el poeta y sacerdote Ernesto Cardenal comandaba una comunidad de jóvenes a la cual, además de enseñar artes y oficios, adoctrinaba contra la dictadura somocista en nombre de Cristo. Eran los días en que la Teología de la Liberación escandalizaba a la Iglesia católica. Le dije a Hero que no tardaría en darle el material donde recogía las entrevistas con los autores de esas pinturas tropicales y con el mismo Cardenal, producto de un viaje personal reciente.

No supe si alcanzó a comentárselo a Leñero, pero días después sobrevino el Golpe a *Excélsior*. Esa tarde del 8 de julio de 1976, cuando todos los eventuales nos unimos en apoyo a Julio Scherer, me fui con los cuates de *R de R* para recuperar sus archivos (entre ellos mis fotos), pero los golpistas nos lo impidieron por la fuerza.

Proceso

El 6 de noviembre de ese 76 apareció *Proceso*. Un par de semanas antes, en mi encuentro inicial con Leñero, me dijo sin preámbulos: “¿Qué se te ocurre para el primer número?” Le referí que Rodolfo Rojas Zea (quien había formado parte del “Olimpo” y se desempeñaba en información general) me había dicho que en el medio se valoraba la exposición pictórica del arquitecto Teodoro González de León como la más sorprendente del año. Miguel Ángel Granados Chapa a su vez me contó que la UNAM estaba construyendo (“nadie lo sabe”) una sala de conciertos, la mayor de América Latina, que se llamaría Nezahualcóyotl. Y la *Revista de la Universidad* editaría un número especial por sus 30 años. Leñero me preguntó: “¿Y eso de que Echeverría quiso suprimir el Instituto Nacional de Bellas Artes?”

Con esos temas reporteados, más la entrevista de Elías Chávez con el poeta Jaime Sabines sobre su papel de diputado priísta, se publicaron las primeras breves notas de la sección cultural. Hubo además, nada menos, colaboraciones de los ex de *Excélsior*: José Emilio Pacheco, que inauguró su “Inventario”

sobre el apenas designado Nobel de Literatura Samuel Bellow, Emilio García Riera (cine), Raquel Tibol (arte), José Antonio Alcaraz (música), Esther Seligson (teatro), Ignacio Solares y Juan Tovar (libros), Francisco Carmona Nenclares (filosofía) y Gaspar Elizondo (religión).

Durante 20 años ésa fue la relación con Leñero en *Proceso*. No hay espacio para describirla. Importa, sobre todo, resaltar que la lección inicial fue definitiva: la sección cultural no sería una mafia ni respondería a intereses de grupo. Cuando más adelante Leñero me pidió la entrevista con el narrador Luis Spota, me dijo: “Pregúntale qué opina del desprecio de la Mafia por su obra”, pues no obstante su novela *Casi el paraíso* era considerado de segunda por escritores como Carlos Fuentes, Salvador Elizondo y Juan García Ponce. Al regresar le conté: “Dice Spota que nosotros también somos Mafia porque nunca hemos reseñado ni uno solo de sus libros”. Sonrió: “Hay que ponerlo, ¿no?”

Veo esas dos décadas en que Leñero formó un equilibrio perfecto con Julio Scherer como si fueran hoy (en 1996 acordaron entregar la estafeta a la siguiente generación), porque su espíritu anima todavía el quehacer cotidiano en la sección: con él todo es directo, sin complicaciones; está atento a la actualidad, es respetuoso de nuestras opiniones contrarias y siempre echa por delante el carácter informativo sobre la ideología (¿cómo contradecirlo si lo hace incluso con su catolicismo?). Cuando disiente de algo, niega primero con una mueca en el rostro e inmediatamente da un argumento convincente.

Rememoro: en juntas realizadas cada lunes en la sección, se analizan todas las propuestas y se pasan a escoger las viables, se designa al reportero indicado y se prepara bien un cuestionario o el enfoque.

Cuando salimos los jueves a cenar en el Vips más cercano inventa lo que llamamos el “mollete literario”, especie de tertulia a la que acude el que quiere, de dentro y de fuera, para hablar de múltiples temas posibles de la vida cultural. De pronto aparecen escritores y artistas cercanos, se invita a algún entrevistado. Había allí, también, otros potenciales asuntos.

Y los viernes por la noche, en los momentos climáticos de cada semana, el cuarto de dominó contiguo a su oficina de Fresas 13 arde mientras los reportajes se cuecen a fuego alto y cobran vida en la cocina de *Proceso*, el departamento de Diseño. La pasión periodística se enciende en Vicente Leñero con el calor del juego (lo mismo le pasa con el ajedrez). No se le puede distraer. Cuando alguien tiene que consultarlo, replica en su tono de humor frío: “Que no sea para asuntos de trabajo”.

Ya en la hora del cierre (que se alarga toda la madrugada), en algún momento, entre bromas y veras, su asistente Federico González, el Chino, pide silencio entre los restiradores donde se arma con lentitud artesanal (no se ha instaurado aún la computación) el rompecabezas de las páginas de la revista, y de una cajita saca un pequeño objeto que otorga, designado por Leñero, al autor de lo más relevante de algo en el proceso (foto, texto, corrección de estilo, pie de grabado, diseño de página, cabeza, etcétera): “Es un honor entregarte el clip de oro para el mejor encuadre fotográfico...” Un clip (con un bañito dorado, pues), como las estrellitas del kínder.

Leñero nos hace jugar a todos como sólo juegan los niños, absolutamente en serio. Para él todo lo vivible es escribible (novela, cuento, teatro, crónica, reportaje); lo más aparentemente nimio es fascinante como el juego, principio primero de la ficción en el ser humano. En alguna junta de fin de año, alguien comenta que a la escasez de asuntos se suma el que una especie de epidemia mantiene asolada a la ciudad de México (un extraño cambio climático que se irá acentuando año con año), pues un sinnúmero de personajes del medio cultural se muestra indispuerto a cualquier comentario o entrevista debido a la gripe. Con cierta reticencia al principio, pero luego con entusiasmo, emprendemos la encuesta propuesta por Leñero y nos repartimos el trabajo. En total, 100 testimonios. El trabajo se titula “La gripa de los intelectuales”.

Leñero incluso transforma el clóset de la casa de Fresas frente a su escritorio en una vitrina donde inventa un Museo del Horror. En él se van acumulando materiales conseguidos por

los reporteros en su trajín cotidiano: un trozo de celuloide rescatado de la Cineteca incendiada; el memorándum donde el jefe de la Policía, Alfredo Durazo, exige a sus subalternos, en “centenarios” (ésos sí de oro), el equivalente de las multas extraídas a los ciudadanos; papeletas de votación quemadas por el gobierno en las elecciones; una varilla de mala calidad retorcida por el terremoto del 85; un frasco con cenizas de la erupción del Chichonal en Chiapas...

Una mañana de esos viernes, tras su regreso de la Selva Lacandona, Leñero se encierra a lo largo de todo el día en la sala de juntas con su Brother (nunca ha usado computadora) para escribir su encuentro con el subcomandante Marcos. Lo veo tecleando a contrarreloj para que su inolvidable crónica y entrevista (“Soy un mito genial”) alcancen la edición.

Lo veo también imaginando aquella inaudita portada sin palabras, en la cual aparece uno de los ojos de Marcos detrás de su pasamontañas en la foto de Juan Miranda. Quizá en sus correrías de estudiante en Madrid (adonde vuelve cada vez que puede), se había topado con la imagen, hoy célebre, de los enamorados besándose en esa taberna, por el barrio de Malasaña de Valle Inclán, que tanto ama, porque durante el estreno en octubre de 1992 de *La noche de Hernán Cortés* en un teatro de Lavapiés un Leñero achispado por varios “finos” recitó aquel poema de Antonio Machado:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas,
es ojo porque te ve.

Si la fórmula clásica dicta que lo único que no puede permitirse un reportero es aburrir al lector, la lección de Leñero agrega a la inversa: hay que sorprenderlo. Ese elemento, que en sus obras literarias (novelas, cuentos, guiones de cine y obras de teatro) toma el papel de misterio, también está presente en sus crónicas, sus entrevistas y sus reportajes. Con todos los recursos posibles del periodismo, con todas las herramientas del

lenguaje (él, que dice carecer de imaginación para construir historias), consigue lo que ningún otro narrador mexicano contemporáneo. Sin demérito para ninguno de los destacados prosistas que han combinado periodismo y literatura, Leñero hace la amalgama suprema: tiene con el lenguaje de la realidad un pacto secreto.

Se veía venir: Vicente Leñero se dijo así mismo a los 33 años, en su autobiografía temprana, mientras intentaba convertirse en escritor de tiempo completo, registró:

Deben ser las cinco o las cinco y media. Hoy también es sábado. Estoy frente a la máquina de escribir, los codos apoyados en la mesa y el cigarrillo en la boca, sujeto aún entre los dedos, aspirando el humo, cerrando y abriendo los ojos en el momento de colocar el cigarrillo sobre el saliente del cenicero para continuar tecleando. Escribo: estoy tratando de escribir.

Armando Ponce

Otros títulos de la colección

Un informante en el olvido: Alfonso Reyes
Marcos Daniel Aguilar

El Santo Oficio.
Periodismo, literatura y cultura popular
José Luis Martínez S.

*Mirador en una cuerda floja (Hollywood y el lado oscuro
del realismo/Tradición y ruptura: el conflicto esencial)*
Daniel González Dueñas

Recuerdos y recuentos periodísticos
Jorge A. González

Ridley Scott: la transparente visualidad del cine
Ignacio Herrera Cruz

La historia extraviada.
Arqueología mexicana en el umbral del siglo XXI
María Elena Matadamas

El azul de Van Gogh
David Martín del Campo

La prosa de Vicente Leñero descansa, en buena medida, en la observación del mundo en que vivimos; tanto su narrativa como su trabajo periodístico (reportaje, entrevista, artículo de opinión) han experimentado siempre la tensión de la palabra y de los hechos como posible realidad dentro de lo imaginario. La narrativa se compenetra con la no ficción y el reportaje periodístico goza de un espacio imaginativo que lo potencia. Pero no sólo eso; los temas no tienen pedigrí, ya sean populares o cultos, ya pertenezcan al terreno de la farándula televisiva o cinematográfica, de la cultura o de la política. En este libro, donde se echa una mirada amplia a un México moderno ya desaparecido, con ciertas incursiones en nuestro pasado inmediato, se conserva parte importante de una labor periodística ejemplar, desde la cual se nutrió, a lo largo de varias décadas, uno de los narradores más destacados de la segunda mitad del siglo XX.

Puede considerarse que la “pasión periodística” de Leñero jamás ha enturbiado su fidelidad a la inteligencia y a la crítica. Como dice Armando Ponce en su prólogo: “Si la fórmula clásica dicta que lo único que no puede permitirse un reportero es aburrir al lector, la lección de Leñero agrega a la inversa: hay que sorprenderlo”.

